

Aalto, racionalismo o racionalidad

Antoni González, arquitecto

Fotografías: Arxiu González - Torán

Estando ya a punto de aparecer este número de Cuadernos, llega de Finlandia la noticia de la muerte de Alvar Aalto.

La casualidad ha querido que sea, pues, en un número de Cuadernos especialmente dedicado a la historia de la arquitectura, en gran parte contemporánea, a la de Aalto, en el que debamos hacer, con indisimulada emoción, una breve glosa de uno de los arquitectos que han configurado la historia de la arquitectura contemporánea y cuyo conocimiento resulta no sólo imprescindible para comprender la evolución de la arquitectura universal, sino también de la nuestra.

Reflexionar sobre Aalto es, además, extraordinariamente útil en el actual debate sobre el presente y futuro de nuestra arquitectura.

Pocos meses después de la concesión del premio FAD a un edificio que pretende actualizar un lenguaje, formal y espacial, racionalista, en un momento en que las jóvenes generaciones, siguiendo la pauta de sus más próximos maestros, reivindican ese lenguaje, cuando supervivientes de las viejas generaciones intentan remozar su racionalismo mediterráneo y se nos proponen nuevos modelos de racionalismo americano e italiano, repasar la obra de Aalto puede ser altamente clarificador.

Aalto, nacido en Alajarvi en 1898, perteneciente a la llamada segunda generación de «racionalistas», heredó de la primera una manera nueva de enfrentarse a la arquitectura: nuevos sistemas constructivos, nuevos materiales, incluso un nuevo lenguaje formal y espacial. Sus primeras obras, como la manzana de edificios para la Cooperativa Agrícola (1928) o el Turum Sanomat (1928-1930) en Turku, son ejemplos de esa adscripción a una nueva arquitectura, cuyo lenguaje «amenazaba» con convertirse en ortodoxo, con la consiguiente descalificación de lenguajes paralelos.

En esta ortodoxia conceptual y lingüística Aalto construyó la auténtica «catedral» del Racionalismo: el Sanatorio Antituberculoso de Paimio (1929-1933).

Por la absoluta racionalidad de su concepción (asentamiento en el territorio, articulación funcional, adecuación a un programa, aprovechamiento máximo de los recursos constructivos y tecnológicos) y el más puro racionalismo en su lenguaje (espacial, plástico, diseño de detalles, mobiliario), el Sanatorio es el máximo logro de la ortodoxia.

Pero Aalto iba a demostrar poco después que no cabía confundir racionalismo con racionalidad.

La racionalidad manifestada en la adecuación del uso de los materiales y sistemas constructivos, en la respuesta correcta a un programa, en la valoración ponderada de todos los elementos que conforman un resultado formal sin distorsionar el proceso en búsqueda de un resultado preconcebido por solicitudes extraarquitectónicas, no es sinónima de un determinado lenguaje. A partir del Sanatorio de Paimio, auténtica obra maestra de la racionalidad expresada en lenguaje racionalista, Aalto, sin dejar la racionalidad, investiga otros caminos de expresión que le llevarán al que ha sido denominado «organicismo racionalizado». La investigación formal y tecnológica le llevará al uso, dentro de la más estricta racionalidad, de materiales como la madera, el ladrillo y la cerámica con logros extraordinarios. Recordemos el Ayuntamiento de Säynätsalo (1950-52) o el de Seinäjoki (1958). Su permanente inquietud por la investigación espacial le inducirá a seguir los caminos de generaciones anteriores a aquella «primera» generación, de la que heredó los elementos básicos de la nueva arquitectura. La concepción del espacio como elemento primordial de la arquitectura (no un lenguaje espacial concreto) era evidentemente una aportación anterior al Racionalismo.

Los logros de los maestros barrocos, incluso de maestros más cercanos como Gaudí, no podían olvidarse. La iglesia de Vuoksenniska (1957-59), que no dudo en considerar como directamente emparentada con la Colonia Güell, es una demostración de la superación que Aalto hizo del racionalismo a partir de la racionalidad.

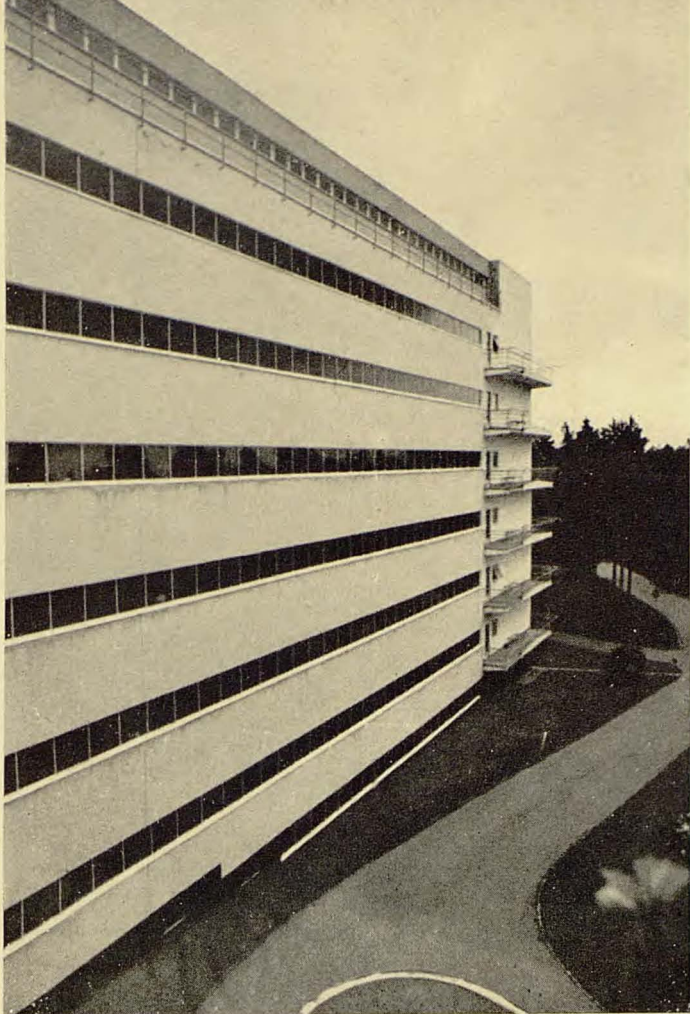
Pensemos ante la obra, que ahora ya es herencia, de Aalto, si no debería ser la reivindicación fundamental de nuestra arquitectura la vuelta a la más estricta racionalidad —perdida en el marasmo de experimentos formales de los últimos años— sin confundirla con uno de los lenguajes mediante el que se manifestó en un momento histórico determinado.



Manzana de edificios en Turku (1928).
Tanteos en la ortodoxia.

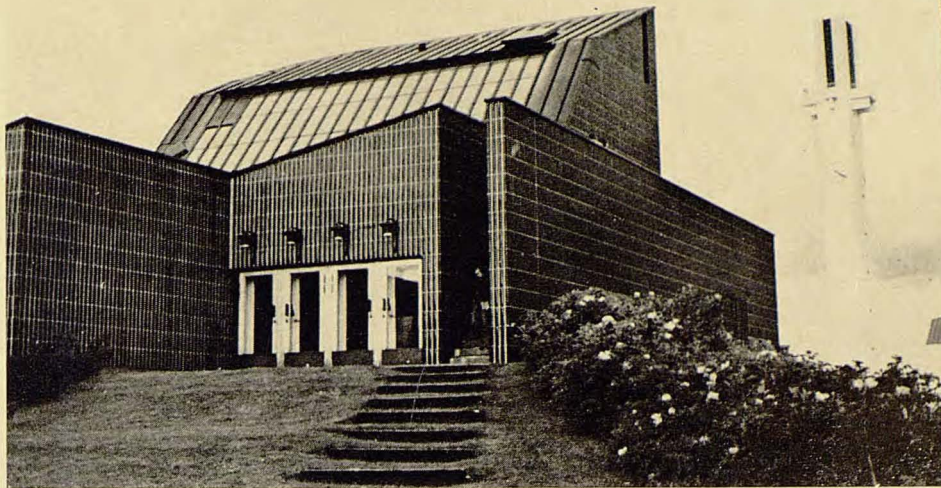
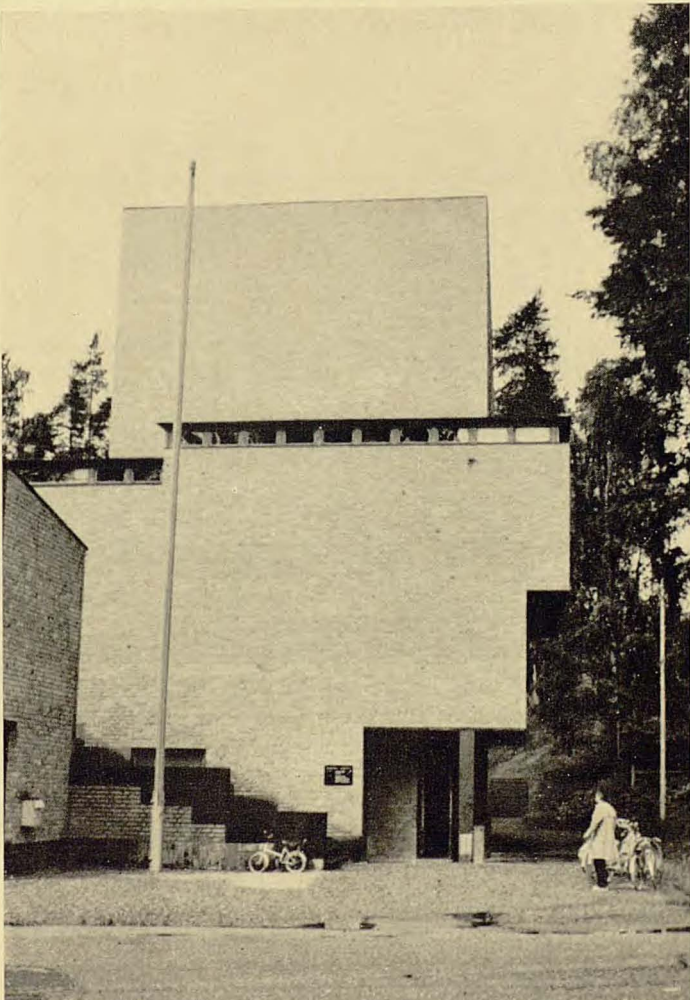
Edificio del periódico Turum Sanomat en Turku (1929-1930).
Lenguaje racionalista.





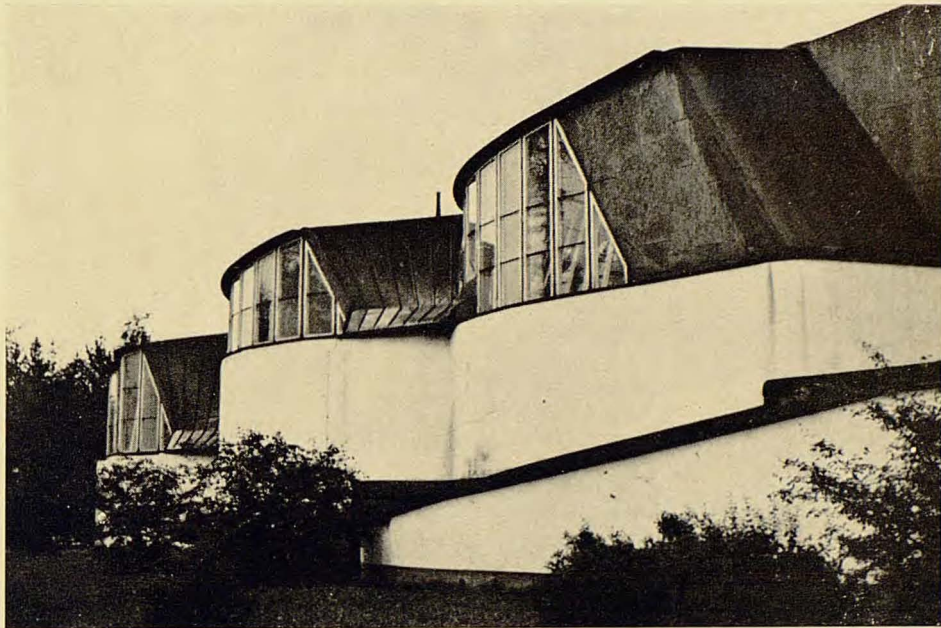
Sanatorio Antituberculoso de Paimio (1929-1933).
La mejor aportación del Racionalismo a la historia de la arquitectura.

Ayuntamiento de Säynätsalo (1950-52). Ladrillo.



Ayuntamiento de Seinäjoki (1958). Cerámica.

Iglesia de Vuoksenniska (1957-59). Investigación del lenguaje espacial: el exterior como reflejo.



Biblioteca de Seinäjoki (1958).
Las bibliotecas de Aalto: manifestación con sugestivos y diferentes lenguajes de la absoluta racionalidad de la concepción espacial.

